

PRÓLOGO
VUELVEN LOS MONSTRUOS
(PODER Y SEDUCCIÓN DEL LENGUAJE)

JOSÉ ÁNGEL GONZÁLEZ SAINZ

Vivimos en una época incierta, errátil, vertiginosamente insegura de nuevo si alguna vez nos hemos creído que no lo fuera; un tiempo de *infirmetas*, de falta de firmeza y certidumbre en nuestros pasos o, directamente, de enfermedad e inopia: una nueva ignorancia y una nueva menesterosidad se ha apoderado de nuestras sociedades en una época que no sabemos si es solo de fin de ciclo o más bien de preludio de catástrofe. Ante ella, reaparecen los miedos, vuelven los monstruos, los terrores ancestrales a lo desconocido, a lo indeterminado y, más, a que lo dado por conocido y determinado y nuestros mismos modos de conocer y determinar y, en consecuencia, de actuar y tomar decisiones en nuestros días, es decir, nuestra cultura de la modernidad y, aún más, de la posmodernidad, no sean los más adecuados sino más bien presuntuosos y hueros, fallidos. Surge la duda de si las modalidades de razón y de elaboración del juicio, del criterio y el gusto efectivamente dominantes en nuestra actualidad no nos estarán tal vez llevando a toda velocidad por viejos y amargos caminos que bien podían ya habernos hecho sospechar.

Las distintas tandas de ilustración que en nuestra historia han sido, desde las griegas clásicas hasta las ilustraciones europeas propiamente dichas, y luego nuestra modernidad occidental, se han ido sucesivamente envaneciendo de poder dejar atrás dogmas y mitos, cerrazones y fantasías y supersticiones. La *razón* era la disposición intelectual y la estructura crítica que iba a permitir pulverizar las construcciones mentales y sentimentales que las sucesivas hornadas de magos, chamanes y castas sacerdotales, es decir, las sucesivas hornadas de “seductores” —como subraya Hans Blumenberg— habían ido creando para relacionarnos con el mundo. La vanidad ilustrada tildó a todas



esas construcciones de mitos y falacias, de atavismos y prejuicios y, condenándolos al baúl de la historia, se quedó tan ancha. Quizá seamos hoy hechura de esas holguras.

Una época racional tenía que ser lo que quedase después de que, en una tarea educativa sin precedentes, la razón se hubiese empleado a fondo en librarnos de ilusiones y visceralidades, de ofuscaciones y engaños y monsergas y también de instrumentalizadores salvíficos de miedos y esperanzas. Limpiar establos llamó a todo ello el último Heine, limpiar el establo del mundo; algo nada fácil, pues a la par que se limpia, los hombres, al igual que los bueyes o las caballerías, lo van ensuciando de nuevo continuamente. Pero eso era la tarea de la razón. No se les ocurrió pensar en general ni por asomo a los ilustrados en si había alguna garantía en realidad de poder limpiar o extirpar en el hombre todo ello, o bien si, fuera de todo ello, queda en verdad algo. Por fuerza, la razón debía a su vez seducir, emplearse en el terreno de la seducción, y por tanto de la elocuencia, de la simulación y la imagen, del relato: del mito. Así que tal vez puede que volvamos siempre a estar en las mismas o, por lo menos, en espirales de lo mismo. “La infructuosidad de la Ilustración —señala Blumenberg— apenas se puede explicar si se pierde de vista la ligereza de sus hipótesis sobre la procedencia y la durabilidad de aquello que ella considera necesario y posible superar”.

Durabilidad y procedencia. ¿De dónde viene?, ¿de qué profundidades originarias puede que venga la cerrilidad de entrar al engaño, de desear que nos toreen, que nos seduzcan, que nos encandilen con trucos y retóricas y nos embauquen con ilusiones y creencias —o con esa parte de la inteligencia que es la capacidad para la artimaña y el ardid— los magos del lenguaje, los hechiceros de sentimientos, los vendedores, los ideólogos o comunicadores? ¿Por qué duran tanto y vuelven tantas veces con sus nuevos ropajes las viejas estrecheces mentales y las viejas pasiones tristes y credulidades y estulticias de las épocas más oscuras de los hombres?

Cervantes conoció y valió expresar como nadie el poder que tiene el relato para construir realidad, el poder de las construcciones de lenguaje sobre la mente y la realidad humanas, y conoció y expresó como nadie que la verdadera racionalidad solo estriba en *una minuciosa dialéctica estructural de la*





tensión que no aspire a *eliminar* nada sino a *acompañarse* de ello. Quijote y Sancho, Quijote y Alonso Quijano, locura y cordura, ilusión y cuerpo apealeado y toda la inmensa ristra de oposiciones con las que se trenza un libro que nunca deja de iluminar: momentos de un camino que nunca se acaba de recorrer y nunca se recorre en solitario ni a una banda. ¿De dónde viene la necesidad de relatos seductores y de seductores con relatos —de imágenes seductoras y de seducción con imágenes— y de dónde viene la necesidad ilustrada de superarlos? ¿Es realmente posible superar los relatos engatusadores y los encantadores con relatos, o su “durabilidad” tiene que ver con algo que solo se acabaría con el hombre?

Ha pasado el tiempo y a cada tanda de ilustración parece que le ha seguido otra de romanticismo; a cada capa de razón, como en las cebollas, otra de sentimiento, en el mejor de los casos, o bien de sentimentalidad o sensiblería. A veces hemos creído que se trataba de una cosa, de razón por ejemplo, y era, a lo mejor, la contraria, pero nunca, lo que se dice nunca, y hay que pensar bien en ello, han contado nuestras generaciones occidentales con tantas instituciones educativas para ilustrarnos como hemos contado nuestras generaciones hoy vivas y coleando; nunca se ha dispuesto de tanto presupuesto educativo y de tal infraestructura educativa con tantos ejércitos de educadores y tantas horas y años y épocas enteras de la vida dedicados a educarnos, a ilustrarnos, a racionalizarnos. Hora sería de haber superado ya monsergas y falacias, atavismos y supersticiones, chamanes y sacerdotes o ideólogos: seductores y mitos. De haber superado o bien de estar de veras superándolo. Y sin embargo aquí estamos, consumimos relatos engatusadores como el pan de cada día y consumimos a más no poder virtualidad y mitos y falacias y engaños y seductores tal vez como nunca, o bien como siempre, con la misma durabilidad del engaño y el mismo acecho de los viejos terrores y los antiguos monstruos. ¿Y de qué calidad son esos relatos? ¿A la mayor cantidad nunca vista corresponden las mejores calidades, o tal vez una inmensa calderilla de calidades de toda ley?

Este nuevo tiempo de *infirmas*, de desconfianza y precariedad e incertidumbre frente a lo desconocido, o cuando menos de estar como en el alero o con un pie en el aire de nuevo como individuos y como sociedades, nos catapultas de repente o bien nos retrotrae o pone otra vez *en contacto con un sentimiento originario* del género humano: el sentimiento del *caos*, el *pavor*





salvaje ante lo que nos rodea y ante el tiempo, el terror a lo monstruoso, a lo informe e incontrolado, a lo innominado. Es la índole arcaica de ese sentimiento lo que reaparece en la angustia personal, en los terrores y ansiedades de algunas modalidades actuales de desazón.

Para ahuyentar el caos y los terrores, el hombre ha reaccionado desde el origen dando formas y poniendo nombres. En esa reacción, en ese dar y poner, consiste ser hombre, y la historia de ese dar y poner es la historia de nuestras culturas y civilizaciones. El terror es terror de lo innominado, de lo informe, y el nombre y la forma son modos o tentativas de *control*. O bien vamos a llamar al control por sus nombres más fecundos y veraces: *relación*, *arreglo*. *Nombrar* es relacionarnos con lo de ahí fuera, arreglárnoslas con ello, tener un arreglo o llegar a él; y al así hacerlo, dice Hans Blumenberg en su monumental *Trabajo sobre el mito*, nombrar despotencia el horror. Nombrar nos sirve pues para “relacionarnos”, para establecer nexos, correspondencias, apaños o ataduras con lo que nos rodea o supera y, así, vamos a decir, *hacernos a ello o hacernos con ello*. Y así también, *directamente, hacerlo*.

Cualquier texto sagrado o arranque de cultura comienza por ahí, por intervenir con el lenguaje para ahuyentar los pavores originarios. El miedo se soporta nombrando, las tinieblas parece que se disipan en la medida en que se nombra con tino, y cualquier confianza comienza siempre urdiendo nombres, tejiendo historias, elaborando mitos. Todo acto de lenguaje inicia una promesa de paraíso, el paraíso de la significación, que sin embargo, como cualquier paraíso, por ejemplo el narrado en el *Génesis*, habrá que *cuidar y trabajarse* y al que habrá que *atenerse*, si no queremos ser acreedores de una expulsión. En esa promesa de significación están comprendidas lo mismo las hipótesis y el trabajo de la ciencia que la índole mágica y también el afán de poder de todo acto de lenguaje. Cuidado y atenuamiento, pues, trabajo de significación, tensión y promesa.

Cada vez que damos con acierto nombres, que damos con una formulación adecuada o tejemos un relato certero, parece que retiramos algo de la inhóspita extrañeza de la existencia y que nos proponemos cachitos de paraíso, es decir, que ahuyentamos pavores, angustias y desconciertos. Los cantores de mitos, los rapsodas —literalmente los zurcidores con el canto— alivian los miedos al nombrar, al ordenar, al dar referencias y acomodar el mundo en el ensamblaje de unas estructuras genealógicas. Blumenberg dice





que los mitos, y los ritos que los verifican, *crean distancia* respecto a los terrores salvajes originarios. *Pero esa distancia hay que cuidarla y mantenerla viva y significativa*, ni demasiado elástica ni demasiado prieta, ni tan pegada a los terrores originales ni tan distante que los olvide o soslaye por completo. Porque sin esos cuidados —y con esos olvidos o soslayos— no habría verdadera belleza ni significación verdadera, sino relatos fofos, huecos, puramente engañosos, aturdidores y mangoneadores. *Nos amortiguarían los horrores originarios solo para catapultarnos en los brazos de unos nuevos horrores, los horrores de la virtualidad*. Nuestras sociedades del espectáculo y la comunicación, que incluyen cada vez más a la enseñanza, nuestras sociedades en que todo es continuamente su relato y su imagen —y a veces nada más que su relato y su imagen—, y en que un relato o una imagen pueden servir a su vez para cualquier cosa y también para la contraria en un disparadero infinito de indiferenciación y continua inversión, corren ese serio peligro acaso mucho más que nunca.

En los textos bíblicos de nuestra cultura, el *Génesis*, por ejemplo, o bien el *Libro de la Sabiduría*, queda perfectamente explicitada desde el principio esa crucialidad del nombrar. En este último libro, y en boca narrativa de Salomón dirigiéndose a Yahveh Dios, al Dios —Él— sin nombre, podemos leer lo siguiente: “Hiciste el universo con tu palabra”. O sea: que la palabra no solo se dice, y *dice*, sino que directamente *hace*, y hace nada menos que el mundo, “los hechos” del mundo, que podría decir también Wittgenstein.

La evidencia del carácter lingüístico de la realidad viene pues desde los atrasos del lenguaje, desde el nombrar de los comienzos en los textos sagrados y, antes, en los mitos que empiezan a distinguir y trenzar las estaciones del año y las edades de los hombres, las genealogías y los elementos, las constelaciones y los temperamentos, los vicios y las virtudes y los afectos y motivos del humano vivir. Siempre que creemos en los mitos, nos arriesgamos a su seducción enigmática, escribe Carlos García Gual. Los mitos, los relatos, el lenguaje en última y primera instancia, seducen, seducen enigmáticamente. Tener que ver con el lenguaje es tener que ver con el espacio de la seducción y el peligro. El propio Platón ya lo sabía y lo expuso en el *Fedón*, pero diciendo que es “hermoso ese peligro”. Magia y seducción y peligro; el lenguaje, los





relatos son también un peligro enigmático. El peligro por ejemplo de que *la distancia* que opera el lenguaje sea total, abisal, de que no quede nada en la palabra que no sea palabra o de que el olvido de los terrores iniciales sea completo, de que la realidad sea total y totalitariamente lingüística, totalmente determinada por los relatos que la hacen, esencialmente caracterizada por ellos, independizándose de lo de fuera del lenguaje y prescindiendo de ello. Sería el triunfo totalitario del lenguaje como actividad separada, la victoria final de su acción, de su seducción y su magia y su poder. Pero los monstruos conjurados por él, domesticados, hechos soportables, llevaderos o hasta gozosos, vuelven o cabe que vuelvan de nuevo, pero no en el “despotismo de la realidad” de los inicios —de nuevo Blumenberg—, sino ahora en lo que podríamos llamar el despotismo y absolutismo de la virtualidad.

La decisiva importancia del relato y la primacía del lenguaje, pasado el tiempo, ha llegado a convertirse, sobre todo a partir del giro vertiginoso que se inicia a partir de finales del siglo XIX y que coincide con el principio del nihilismo europeo, no solo en una primacía lingüística sino en una progresiva disolución de los hechos no lingüísticos, en un desplazamiento progresivo de la realidad no lingüística o imaginativa, en una superación de la objetividad. “No hay ningún suceso en sí”, escribió Nietzsche. El carácter lingüístico de toda realidad se ha ido convirtiendo en la realidad exclusivamente lingüística de todo hecho del mundo. Todo hecho tiende a ser un uso lingüístico y las palabras y las imágenes no nombran los hechos sino que los sustituyen. Quien maneja los aparatos más poderosos de utilización de imágenes y discursos *crea* el mundo en el que se vive, con independencia de cualquier cotejo o comprobante o compulsación con las cosas, los datos y los hechos. Machado y la creación maireniana de su porquero de Agamenón lo sabían muy bien: conocían que el Poder es el poder imponer la verdad por mucho que él mismo diga que no es así y que la verdad es la verdad independientemente de quien la diga. Esa sabiduría, que le venía a Machado de lejos, es el preámbulo de uno de los mejores ejemplos del arte del bien nombrar, el *Juan de Mairena*.

El proceso del nihilismo no solo es un proceso de derrumbe de valores, sino, con ello, un proceso de disolución de la realidad, de desplazamiento y encubrimiento de la realidad. Un proceso que podía haber llevado a una emancipación de “verdades” impuestas y opresivas, es cierto, y que en parte





ha llevado desde luego a ello, pero que a lo que ha llevado también a marchas forzadas es a una hinchazón progresiva e inaudita de la sociedad del espectáculo y los dispositivos y redes de comunicación y seducción, y a una apertura de par en par de todos los umbrales a la mentira generalizada y permanente y seductoramente movilizada.

No estamos negando ni mucho menos que los hechos y los objetos —el mundo y los hombres— estén social y lingüísticamente constituidos, culturalmente constituidos; sí que estén solo y totalmente así constituidos. Estamos diciendo que siempre hay un resto, un zócalo, un afuera o una base, un núcleo de cosa, de acontecimiento, de contingencia, de objeto o realidad, y que nombrar bien es nombrar desde zonas de tensión con ello, de oscilación, de necesidad de comprobación, de cotejo, de careo, de rendimiento de cuentas, de responsabilidad. Por ello me inclino a pensar esa evidencia del carácter lingüístico y cultural de la realidad no como totalidad o identidad, sino más bien como condición, como *condición* lingüística o cultural de la realidad.

Nietzsche detectó “el carácter interpretativo de todo acontecer”, subrayó que “el valor del mundo reside en nuestra interpretación”, que el mundo no es ningún hecho, sino una invención poética, un “redondeo” a partir de algunas observaciones y de nuestra necesidad de simplificar, de abreviar. Escribió que “si no hay, en absoluto, un mundo verdadero”, verídico, lo que se deriva entonces, es “una ilusión perspectivística cuyo origen reside en nosotros”, “una falsedad siempre retrospectivamente removida y que nunca se acerca a la verdad pues no hay “verdad” alguna” que valga.

La mesa de una sociedad mayormente fraudulenta está pues seductoramente servida; estaba empezando a servirse a grandes zancadas desde la época en que Nietzsche lo detecta en el mosaico de sus fragmentos póstumos. Generaciones voluntariamente sometidas durante horas y más horas a diario en todos los días de su vida a carretadas de publicidad y propaganda, de relatos y relatos e imágenes e imágenes, en todos sus ubicuos dispositivos electrónicos y en el resto de los púlpitos de sus vidas, incluidos ya los universitarios y escolares en buena parte en ocasiones, no pueden resultar inmunes al imperio de la mendacidad. Sus modos de actuar y sus tomas de decisiones no pueden haber quedado a salvo de esa práctica generalizada del desplazamiento de los hechos y los datos u objetos; no pueden haber quedado indemnes ante la inmensa e inmensamente seductora filigrana de las artimañas narrativas y





la simulación continua y generalizada, ni de ese extremo de la simplificación que es la idiotización.

La realidad molesta, los hechos son un estorbo, nos remiten a los terrores originarios, a los viejos monstruos, da lo mismo que se trate de los muertos de una pandemia o los asesinatos de una banda terrorista, los datos del derrumbe de una economía o la maldad moral de unos timadores juntamente con la estupidez de unos timados. El trabajo y el cuidado por la comprensión tensiva y cabal de las cosas y los hechos, y de las palabras de las cosas y los hechos, no es nada, o bien —para no ser derrotistas— parece ser muy poco, en comparación con el poder seductor del mito, de la comunicación y el espectáculo de cosas y hechos puramente comunicativos o espectaculares que no tienen por qué ser comprendidos sino percibidos emocionalmente. ¿Tal vez, en esencia, más o menos como siempre, por los mismos o parecidos angustiosos motivos y la misma tozuda durabilidad?

